BOLETIN PROFESIONAL
DE LA
REVISTA DE VETERINARIA

DIRECTOR: Pedro Moyano y Moyano | Secretario de Redacción: Rafael González Alvarez | ADMINISTRADOR: Eduardo Respaldiza

Redacción y Administración:
ESCUELA DE VETERINARIA, Soberanía Nacional, 7, Zaragoza-Tel. 12-52
La correspondencia científica debe ir a nombre del Secretario de Redacción y la administrativa al del Administrador

Año I. | ZARAGOZA, 12 de Junio de 1926. | Núm. 7

Precios de suscripción a la REVISTA DE VETERINARIA con sus dos BOLETINES mensuales:
España, **15 ptas.** anuales ~ Extranjero, **20** ~ Estudiantes de Veterinaria, **10**.

Una excelsa figura de la Veterinaria española que desaparece.

LA MUERTE DE RAMÓN TURRÓ

La noticia del fallecimiento de Turró, aunque se preveía por el curso siniestro de la grave enfermedad que padecía, no por eso ha dejado menos de causarnos una profunda y dolorosa impresión. Ante la desaparición de un hombre de la talla mental de Turró, no se sabe elegir el comentario necrológico. Sería mejor decir simplemente: "Turró ha muerto", y en seguida abandonar la pluma y entregarse a la espontánea meditación de la conciencia.

Porque con toda sinceridad confesamos nuestra impotencia para diseñar en un modesto y ligero artículo, la fuerte, la recia, la sugestiva personalidad del ilustre veterinario.

No fué esclavo de una especialización doctrinal determinada, que le hubiese hecho accesible al análisis crítico de los especialistas correspondientes. Fué su actividad de tan amplio vuelo, tocó en tantos parajes, que no es fácil enfrentarse con él, si antes no se ha hecho amistad con sus libros, una verdadera e íntima amistad, que exige una depurada atención y un como estado de gracia para la filosofía, condiciones poco comunes entre las gentes.

Para nosotros lo más admirable del gran biólogo era la armoniosa duplicidad de su entendimiento, apto al mismo tiempo para la rígida observación experimental y para la elaboración filosófica. Pocos ejemplares humanos están dotados de una tan elástica armadura espiritual. Pero además sabía administrar con delicada mesura este tesoro de posibilidades y jamás desfiguró sus actuaciones dándoles fisonomías híbridas. Cuando usaba el lenguaje de la ciencia en sus notables trabajos sobre la inmunidad, lo despojaba de su gaya filosófica y lo dejaba des-

nudo, como un esquema. Cuando escribía cualquiera de sus hermosas obras especulativas, su estilo literario se enriquecía en severas imágenes y su prosa adquiría perspectivas socráticas.

Este formidable equilibrio mental le hacía destacar magnífico de entre tanto hombre de ciencia como suele surgir en los países latinos, que por incontinencia cerebral piruetea en los aledaños de la filosofía, confundiéndolo todo, el dato experimental y el logos filosófico en un galimatías seudocientífico y seudofilosófico verdaderamente aborrecible.

A fuer de sinceros hemos de decir que la obra bacteriológica, inmunológica y la obra filosófica de Turró, no han tenido la repercusión merecida en nuestro país. Por circunstancias que no es simpático desentrañar, sus libros y trabajos, en su mayoría, han visto la luz en otras lenguas antes que en lengua española.

Les sería difícil exponer a muchos de nuestros médicos y veterinarios duchos en las técnicas bacteriológicas, cuáles son las ideas de Turró acerca del mecanismo de la inmunidad. La mayoría de ellos están todavía con las cadenas laterales de Ehrlich en la cabeza.

No hablemos de su criterio filosófico. Fuera de media docena de inteligencias que se preocupan de la trayectoria del movimiento filosófico, ¿quién en España podría entender el juego ideológico de nuestro eminente compañero? Y sin embargo, he aquí que nos hallamos ante uno de los intentos filosóficos más serios de la época actual.

El origen del conocimiento, según la explicación turroniana, forma uno de los monumentos más logrados del pensamiento contemporáneo, del cual no se podrá prescindir en una historia de las ideas filosóficas. Es quizás la doctrina de más sólida hechura que se ha lanzado contra el subjetivismo kantiano. Bien es verdad que pocos hombres han calado tan hondamente en la filosofía del profesor de Kœnisberg.

Pero no es nuestro propósito analizar ahora la obra de Turró. En las páginas de la Revista lo haremos con más sosiego e intención. Nos limitaremos a marcar estos rasgos genéricos de su persona y de su labor.

Turró no deja escuela; en el aspecto filosófico, que nosotros sepamos, no deja continuadores. Bien es verdad que tampoco tuvo predecesores. En un país de tan escasa tradición filosófica como el nuestro, la figura del sabio español fallecido, se yergue con solitaria grandeza. La raigambre biológica de su sistema doctrinal, es aún más extraña entre los balbuceos tomistas de toda la grey filosófica de nuestras Universidades, salvo honrosas excepciones, muy contadas.

Era, pues, Turró, algo más que un gran español, con ser este título harto noble; era un genio, que habló en un idioma universal, el de las ideas, poniendo a su vida la proa de los navegantes exquisitos, la de los que buscan el luminoso encanto de la verdad y persiguen el último aliento de las cosas.

R. González Alvarez.

Datos biográficos.

Turró nació en Gerona el 9 de diciembre de 1854. Las primeras letras las aprendió en Malgrat, pueblo de la costa, de donde procedía su familia. Estudió el bachillerato en el Instituto de Gerona, terminándolo a los quince años. Después fué a Barcelona, donde comenzó los estudios de Medicina, por los cuales sentía verdadera vocación. Cursando el segundo año, interrumpió sus estudios para combatir en la guerra civil contra los carlistas. Al terminar la guerra, cuando se

proclamó la República en el año 1871, quiso continuar la carrera, pero no pudo examinarse de la asignatura de *Medicina legal,* y entonces decidió estudiar Filosofía y Letras.

Para ello se trasladó a Madrid, con poco dinero y muchas ilusiones, entrando a formar parte de la redacción de *El Progreso,* que dirigía D. Rafael Comenge. Por este tiempo publicó su primer libro en castellano, titulado *Composiciones literarias,* conjunto de poesías y de ensayos en prosa, escritos entre los años 1875 y 1876. Entre los trabajos en prosa figuraba uno, *El canto de la pescadora,* al pie del cual el autor hace saber que *esta bella composición no es mía.* Se atribuye la paternidad de ella a Joaquín Ruira.

Por esta época publicó también una memoria sobre la *circulación de la sangre,* que es su primer trabajo de fisiología. El doctor Jules Robert la tradujo en seguida al francés.

Por aquel entonces, el hombre del día era Letamendi, que recomendaba a sus discípulos el abandono del Laboratorio. Turró se revolvió contra este ambiente y escribió unos artículos en *El Siglo Médico* contra Letamendi y sus métodos, que causaron sensación. En Madrid se creía que R. Turró era un pseudónimo, ocultador de una personalidad científica de gran relieve. Se le aconsejó que siguiera en el incógnito para dar mayor interés a sus artículos.

El doctor Jaime Pi y Suñer, catedrático de Patología general, hizo volver a Turró a Barcelona, consiguiendo que entrara como ayudante de clases prácticas. Entonces se despertó en él una nueva actividad, la financiera, que le llevó a las jugadas de Bolsa, afortunadas por cierto. Pero la influencia del doctor Pi y Suñer y su propio temperamento, le desviaron hacia el laboratorio, y en uno que instalaron en la terraza de la Facultad de Medicina, ambos emprendieron trabajos de microbiología, siguiendo los sorprendentes hallazgos que esta ciencia por aquella época hizo.

El doctor Pi pretendía que aspirase a la cátedra, pero Turró se negaba a examinarse de Medicina legal, y, por lo tanto, no fué posible llevar a cabo este deseo. Sugiriole el doctor Pi que entrase en el Laboratorio municipal, pero su título de Licenciado en Filosofía y Letras era un obstáculo. Entonces, Juan Darder, culto veterinario, consiguió que se hiciera veterinario, y en dos convocatorias obtuvo el título de veterinario en la Escuela de Santiago.

Entró en el Laboratorio municipal de Barcelona, pero su incompatibilidad con Ferrán, que era el director, le obligó a salir de allí y a refugiarse en su laboratorio del Hospital de Santa Cruz, donde efectuó notables trabajos, particularmente en lo referente a los microbios anaerobios, inventando los tubos que se conocen en bacteriología por tubos de Turró. Durante la epidemia de peste bubónica de Barcelona, se le encargó de dirigir la campaña sanitaria, obteniendo un resonante éxito y adquiriendo una gran popularidad.

A Turró se le concedió al fin la dirección del Laboratorio bacteriológico municipal, y desde este momento ejerció una verdadera magistratura, acudiendo muchos jóvenes estudiosos a aprender las técnicas bacteriológicas y fisiológicas en su laboratorio. Solía decir que con él podía ir a trabajar todo el mundo, y no imponía más condición que la de que no se le llevaran los microscopios. Esta fase de su vida se marca por trabajos admirables de bacteriología, artículos y conferencias.

De su comunión social y científica con sus discípulos surgió la *Societat de Biología.*

La epidemia de fiebre tifoidea del año 1914, le valió un nuevo triunfo al señalar donde estaba el peligro, que era en las aguas de Moncada y en las del acueducto de Vallés. Los intereses creados ligados a estas aguas emprendieron una campaña difamatoria contra él, de la cual salió lleno de gloria por el acierto de las medidas que aconsejó tomar para extinguir la epidemia.

Ramón Turró era un temperamento vehemente, amigo de la polémica, cordial y expansivo, desordenado en su vida habitual, noctámbulo recalcitrante. Permaneció soltero, pero dejó varios hijos adoptivos y una muchedumbre de discípulos y admiradores que le querían devotamente. Aunque la profesión veterinaria no la ejerció, sentía una profunda estimación por ella, y buena prueba es el discurso de inauguración que pronunció en el Congreso veterinario celebrado en Barcelona.

Descanse en paz el sabio biólogo, y reciba su familia, lo mismo que la Redacción de la *Revista Veterinaria de España*, cuya dirección asumía, nuestro más doloroso y sincero pésame.

Sus obras.

"Composiciones literarias", 1878, Barcelona.

"Cartas a Letamendi", *El Siglo Médico*. Madrid, 1879-80.

"La circulatión du sang" (trad. Jules Robert, 1883. París, O. Berthier, ed.)

"Verdaguer, vindicado por un catalán". Prólogo de Eduardo Marquina. Barcelona, agosto, 1912. (Sec. Cat. de Edic.)

"Els origens del coneixement: la fam." Barcelona, agosto, 1912. (Sec. Cat. de Edic.)

"Orígenes del conocimiento". Prólogo de Miguel de Unamuno. Barcelona. *Minerva*. 1914. Madrid.

"La criteriología de Jaume Balmes". Arxius Inst. de Ciencies. Barcelona. Any I, núm. 2. 1912.

"La Methode Objetive", 1916. París. *Revue Philosophique*. Núm. 10-11.

"Filosofía crítica". Conferencias en la Sec. de Biologie. Barcelona, 1917. Enciclop. Catalana. Madrid. (Atenea, Trad. G. Miró).

"La base trófica de la inteligencia". Madrid, 1918. Conferencias en la Residencia de Estudiantes.

"La disciplina mental". Discurso inaugural del IX Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Valladolid. (Atenea, 1924, Madrid).

"Los fermentos defensivos en la inmunidad natural y adquirida". Conferencias en la Real Academia de Medicina de Barcelona, 1916.

"Origen de las representacions de l' espai táctil" (capítulo del libro *El sentit del tacte*). Barcelona, 1913. Arxius de l' Institut de Ciencies.

Idem íd. (trad. francesa), *Journal de Psychologie*. 1920. París.

"Diálogo sobre coses d' art i de ciencia". *Revista de Catalunya*. Barcelona, enero, febrero, 1925.

* * *

Turró fué, además, un periodista de primera fuerza. Durante la guerra europea publicó artículos notables defendiendo la causa de los aliados. Su artículo *De Cajal a Xenius*, en el que se ataca duramente a éste último escritor, produjo sensación. Lo mismo decimos de *L' ánima i la llengua* (El alma y la lengua), publicado en 1922 en *La Publicitat* de Barcelona, y de sus tres artículos sobre *La vera historia de Jacinto Verdaguer*.

La muerte de Turró y la Prensa.

En general, los periódicos de Madrid y Barcelona, sin distinción de matices, han dedicado sentidos elogios a la memoria del finado. Algunos se han distinguido más que otros al apreciar la transcendencia de la obra del inolvidable bacteriólogo y filósofo. Nos parece, que el ahondar en los secretos motivos de estas diferencias de trato nos llevaría más allá de los límites de este BOLETÍN, por lo cual preferimos reproducir trozos de los artículos periodísticos que con mayor cariño han retratado la figura de Turró, de entre los que hemos leído.

De un admirable trabajo del Dr. Pittaluga, en *El Sol* del día 6, tomamos lo siguiente:

"He leído, no sé dónde, que los Colegios de Doctores han pedido a un señor Ministro, que impida el empleo abusivo del título. Me parece bien. Pero el que todos llamaban, en Barcelona, el *doctor Turró*, no era doctor. Asómbrense los doctores colegiados: no era más que un veterinario. Ahora bien: jamás se le habría ocurrido a él ostentar una dignidad que oficialmente no le correspondiera. Eran los demás los que le llamaban doctor. Era el pueblo el que le había otorgado el grado. Habrá que perseguir al pueblo, al *demos* anónimo, a la conciencia colectiva, por usurpación de funciones.

En las horas tardas de la noche, por las Ramblas—Turró fué un noctámbulo empedernido—, cuando asomaba su cabeza de Wágner en trance de parto de los Nibelungos, los transeúntes cuchicheaban familiarmente: "es lo ductó Turró". En la aldea del Vallés—San Fost de Capcentellas, gran nombre romántico para un grupito de casas escondidas en un recodo de las verdes colinas—en que se asentaban su hogar y los diez palmos cuadrados de sus viñedos, cuando se encendían las querellas de la pequeña vida rural, todos a una acudían a él, todos apelaban al *ductó Turró*. Decían de él "doctor", como Francesca dice a Dante, de Virgilio, *e ció sa il tuo dottore*: el que todo lo sabe, el que guía y conduce a los demás.

... ...

Espiritualista y conservador, se asía desesperadamente a las cosas reales, al objeto de experimentación, renegando en ocasiones de toda ideología e intentando derrumbar con gestos de iconoclasta a las más bellas construcciones de la inteligencia. La crítica de Descartes y de Kant, sobre todo de la teoría kantiana del conocimiento (en *Filosofía crítica,* 1920), adquiere a veces en Turró una épica violencia."

De un artículo de Leandro Cervera, discípulo y amigo de Turró, y veterinario también, aparecido en *La Publicitat* de Barcelona:

"La fortuna que, egoísta, ofrece muy de tarde en tarde a los pueblos un hombre genial que contribuya a mejorar el mercado de la cultura, había honrado a Cataluña con el nacimiento de Ramón Turró. Era nuestro premio. Que su recuerdo siga entre nosotros a perpetuidad, y daremos prueba de ser dignos de él y de saber agradecer su aportación.

... ...

No puedo admitir como un hecho lo que no puedo demostrar experimentalmente. La ciencia no es más que de una manera: experimental. He aquí las dos conclusiones de la pedagogía turroniana. Los que hemos trabajado bajo su dirección, sabemos hasta qué punto el maestro Turró ha sido fiel a estos dos lemas, y ahora, que el maestro nos ha dejado y es posible abarcar en una visión retrospectiva su propia formación, se da uno cuenta que el pensador de gran vuelo que lloramos, ha sido también el resultado de una elaboración que responde fielmente a los principios básicos que Turró ha cuidado de inculcar a sus discípulos."

De *La Vanguardia* de Barcelona:

"El primer ensayo de fisiología del doctor Turró acerca de la circulación de la sangre, publicado en 1880, tratando de destruir la teoría de que el corazón es la máquina impulsora de la sangre, y los vasos sólo son órganos pasivos, produjo verdadera sensación en el mundo científico, abriendo nuevos cauces a la investigación, ya que, según él, ciertas arterias son de más calibre en el cadáver en el cual no puede influir la distensión provocada por el trabajo del corazón. Y es de notar que las intuiciones del doctor Turró fueron posteriormente confirmadas con la vasomotricidad de las arterias primero, con la de las venas después, y en la actualidad por la demostración concluyente de que la coordinación funcional del corazón y los vasos es esencialísima en la circulación sanguínea. De este libro, titulado "Mecanismo de la circulación arterial y capilar", se han hecho varias ediciones en distintos idiomas.

... ...

Como filósofo, el doctor Turró defendía el principio de que habría que mantener unidas la vida vegetativa del cuerpo que se nutre y la vida espiritual del alma, haciendo de una y otra un conjunto armónico, una sola cosa, una unidad.

Merece ser recordado el homenaje que en 1922 dedicaron al ilustre hombre de ciencia que acaba de fallecer, el "Institut d'Estudis Catalans" y el Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona, entidad ésta que tenía a su sabio compañero en la más alta estima por su saber, por su ciencia y por la gloria que ha legado a la profesión.

En España y en el extranjero llegó a tener el doctor Turró una relevante personalidad. Al morir, contaba setenta y dos años de edad.

Nos descubrimos devotamente ante el cádaver del hombre de ciencia, enviando a sus familiares la expresión de nuestro más sentido pésame."

EL CATEDRATICO

I

(A Teótimo).

La clase intelectual... vive peor que la mayor parte de los obreros, y es la más inmediata al mendigo.
(Pedro Baselga en *Patología social española*.—1903).

No hace mucho tiempo, me decía un estimado compañero: "¡Qué diferencia entre los tiempos pasados y los actuales! Antes, se recordará V., que veíamos en el Catedrático un ser a una altura *inconmensurable*, al cual hablábamos muy contadas veces, y éstas con temor extremado. Ahora han cambiado las cosas: el alumno es casi un camarada del Profesor".

Es la verdad. La escolástica con su *magister dixit*, su estilo campanudo y las palabras retumbantes, integraban el tipo. Era el engendro, el jugador fraseológico, un verdadero juglar.

Vino a substituirle el *obrero*. Del choque salió ganancioso éste. Y he aquí la resultante: la convicción, por parte del mismo Profesor, cada vez más arraigada: es un *estudiante*, algo más adelantado en la *carrera del saber, haciendo*.

Claro es, que no tuvo toda la culpa de tal estado el peso de la tradición. Contribuía poderosamente la misérrima consignación en el Capítulo del Presupuesto para Material de enseñanza de los Centros docentes oficiales. Afortunadamente, los escolásticos, *se van*, y las pesetas para materiales de trabajo se aumentan, aunque *dosimétricamente*. Y ahora, la tendencia a la práctica en toda lección trae aparejada la unión de Catedrático y alumno, a tal punto, que en muchas ocasiones pueden considerarse, en efecto, como dos camaradas.

Sin embargo, la organización actual en la enseñanza, y particularmente de algunas profesiones, como la nuestra, tiene sus inconvenientes para que dicha unión se efectúe, dando buenos resultados. La labor pedagógica es poco fecunda, absolutamente negativa, y, a veces, perjudicial.

Y desearía, amigo Teótimo, que te convencieses de este aserto, estándolo, además, de algunas cuestiones que, a modo de premisas, voy a exponerte.

El Catedrático se encuentra sólo en su labor pedagógica; pero el Catedrático es pobre. Y en algunas profesiones, *a fortiori*, es enciclopédico.

* * *

El Profesor no necesita de nadie para explicar su lección teórica. Pero si la lección ha de ser teórico-práctica, o exclusivamente práctica, las circunstancias varían. Necesita ayuda, y ayuda idónea. Y aquí surge la dificultad. Está solo tristemente, pues los mejores deseos de los alumnos se estrellan ante el natural desconocimiento, por no estar iniciados en los detalles (los más importantes precisamente), de una determinada práctica, de una determinada disciplina. Y la continua renovación escolar producirá siempre los mismos efectos.

¿El Profesor siempre solo?... Pero... ¿no hay personal auxiliar en las Escuelas?... ¿No hay internos?... ¿No hay mozos?... Ya sabes, amigo Teótimo, que sí. En efecto; hay un Profesor de Técnica anatómica y otro de Podología, que, en rigor, no son tales Auxiliares, pues son Profesores encargados de las correspondientes asignaturas. Hay, en realidad, cuatro Profesores auxiliares, que deberán, si cumplen las disposiciones vigentes, realizar un trabajo diario en total de diez

y seis horas (si el personal está completo). ¡Unas *cuatro horas de trabajo* cada Auxiliar, para ganar *cuatro* pesetas cada día! ¡Qué horror la casa del pobre Auxiliar!... Paga al año 600 pesetas por alquiler de habitación, y necesita para su propia indumentaria y exigencias oficiales 400 pesetas más. Le quedan sobrantes, hasta completar el total de sueldo, 500 pesetas. Y el kilo de pan cuesta 60 céntimos, y son *cuatro* las personas de su familia, la cual deberá vestir a la moda de Adam y su compañera si quieren comer todos *sopas de ajo*. ¡Grande bendición la del hambre, y la miseria por compañía!...

Pero no sigamos amargándote el ánimo, distinguido amigo Teótimo, con más detalles de la vida de este mendigo intelectual...

Agréguese para el mal de la enseñanza que están vacantes la mitad de las plazas de Auxiliares, y tendremos el cuadro escénico que de la realidad he tomado y te contaré en el número próximo.

Tuyo afectísimo,

El que fué rural.

A aquellos suscriptores que nos preguntan por los recibos de cobro de las suscripciones, les decimos que solo se han enviado hasta ahora los recibos de quienes nos los han pedido, pero que en el número de junio de la revista remitiremos a todos los que han pagado los recibos corespondientes.

Informaciones diversas.

Notas sueltas.

EL ENTIERRO DE TURRÓ

Copiamos de una noticia de *El Sol*, de Madrid:

"A las tres y media de la tarde de ayer se verificó el entierro del doctor Turró. La fúnebre comitiva partió de la calle del Notariado. Abrían marcha cuatro guardias urbanos y seguían el clero parroquial de Nuestra Señora de Belén, el coche mortuorio tirado por dos caballos, un coche de respeto lleno de coronas, un landó que llevaba una monumental corona del Colegio de Veterinarios de la provincia; el duelo, presidido por el alcalde, y en el que figuraban el canónigo Sr. Llovera, el presidente de la Sociedad Catalana de Filosofía, el doctor Ribas y Perdigó, el doctor Pi y Suñer y el doctor Luque, presidente del Colegio de Veterinarios.

En otra presidencia figuraban los hijos adoptivos, el doctor Pujol, D. Vicente Danti, D. Gorgonio Canot y el hermano del difunto, reverendo padre Joaquín Turró.

Detrás iban los albaceas testamentarios doctores Más de Xaxá, Nubiola y González, el padre prior de San Jordí, el alcalde, cura párroco y varios vecinos del pueblo de San Faustó de Capcentellas; D. Pedro Corominas, por el Instituto de Estudios Catalanes, y el amigo de la infancia del doctor Turró el escritor Sr. Ruira. En el acompañamiento, muy numeroso, figuraban los ex alcaldes de Barcelona Sres. Martínez Domingo, Bastardas, Rocha y marqués de Olérdola, médicos, diputados y ex diputados, concejales y ex concejales, literatos, catedráticos, estudiantes, periodistas y otros.

En la iglesia de Belén se cantó un responso, y el duelo se despidió en la calle de Rivadeneyra.

Numerosas personas acompañaron al cadáver hasta el cementerio de las Corts. El nicho en que fueron sepultados los restos del doctor Turró quedó cubierto de flores".

La Escuela de Veterinaria de Zaragoza, no bien tuvo noticia del fallecimiento de Turró, envió a la familia, en nombre del claustro de profesores, un telegrama muy expresivo de pésame.

NECROLOGÍA

Ha fallecido el Sr. D. Martín Sierra Fernández, padre de nuestro compañero don Emiliano, Inspector provincial de Higiene y Sanidad pecuarias de Jaén.

Reciba nuestro buen amigo la expresión de sincero pésame con motivo de tan irreparable pérdida del ser querido.

TIP. HOSPICIO. - ZARAGOZA